

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. Nº 26. I de Diciembre de 1984.

SUMARIO

- Angel Crespo habla de Juan Ramón Jiménez (pag. I)
- Los hijos de Caín (pag. II)
- 4 poemas de Francisco Carpio (pag. II)
- Pepe Fuentes, fotógrafo (pag. III)
- Un relato de Enrique Trogal (pag. IV)



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Estar por debajo

El 20 de agosto de 1936, Juan Ramón Jiménez y su mujer, Zenobia Camprubí, salieron de Madrid en dirección a Francia, desde donde no tardaron en trasladarse a los Estados Unidos de América. Juan Ramón llevaba un pasaporte diplomático, extendido por orden del Presidente de la República, su amigo Manuel Azaña, y su misión —gratuita, pues no quiso aceptar el sueldo que se le había ofrecido— era la de influir a favor de la causa republicana en las autoridades de Washington. Como las cosas no salieron a medida de sus deseos, el poeta y su mujer se fueron pronto al Caribe y terminaron por recalar en Cuba, donde permanecieron desde últimos de noviembre de 1936 hasta enero de 1939.

El matrimonio, que no tardó en establecerse en el Hotel Vedado, de La Habana, se dedicó a ganarse la vida cuidando de las ediciones de unos libros del poeta, colaborando en la prensa literaria y dando conferencias. Juan Ramón organizó, por entonces, varios actos políticos y culturales, en favor de la causa constitucional española. Más tarde, y cuando ya se encontraba de nuevo en Norteamérica, Jiménez pensó que debía publicar cuantos escritos propios y ajenos se refiriesen a su actuación de poeta español durante una guerra civil, que, a su modo de ver, aún no había terminado —cuando menos en sus efectos inmediatos— el año 1954, al que pertenecen los últimos de los escritos que habían de figurar en su proyectado libro.

Con la mencionada intención, el poeta empezó a reunir materiales, escribió —con su elegante y casi indescifrable letra— varias decenas de notas y redactó unos cuantos escritos que han resultado ser de gran interés literario e histórico. Pero el libro quedó incompleto, en un estado realmente embrionario, y he sido yo quien, después de pensarlo mucho y haber repasado los miles y miles de documentos de su archivo, se ha decidido a reunir y organizar, hasta

donde ha sido posible, y teniendo en cuenta las a veces contradictorias notas de Juan Ramón, los materiales que andaban dispersos por dichos archivos y, en ocasiones, fuera de ellos. Sobre lo poco o mucho que haya podido conseguir, el lector tendrá muy pronto ocasión de pronunciarse, pues el libro, titulado *Guerra en España* se halla actualmente en prensa.

De entre los muchos autógrafos juanramonianos destinados a esta obra que me ha tocado descifrar, hay uno, lleno de lagunas y abreviaturas que lleva el título de "Karl Vossler, el vitalista", y que es un despiadado ataque a este famoso y discutible hispanista alemán. Cuenta en él Juan Ramón que, en 1939 —tendría que ser en los primeros días del año, puesto que los Jiménez se fueron a los Estados Unidos en enero—, Vossler llegó a La Habana y se alojó en el Hotel Vedado, con gran disgusto del poeta exiliado, que le sabía adicto a Hitler y pensaba que podía haberse desplazado a Cuba con la doble misión de profesor universitario y espía.

Aunque Vossler y su mujer se sentaron a comer, desde el día de su llegada, a una mesa contigua a la de los Jiménez, éstos se hicieron los desentendidos. El cuarto día, José María Chacón y Calvo, un intelectual cubano que era amigo de ambos matrimonios, los presentó, dice Juan Ramón, "para evitar disgustos y mientras las cosas se aclaraban". "Me parecieron —sigue diciendo nuestro poeta—, él ambiguo y ella noble. Si tenía él que aludir a su Alemania, miraba de lado al suelo como el que tiene que echar la mirada al cesto de los papeles rotos, y se ponía colorado. Yo le preguntaba mucho por la poesía alemana contemporánea: Hoffmannstahl, George, Rilke. No la conocía muy bien. Decía: leí algo de sus primeros versos. Poco a poco me fui dando cuenta de que a él no le gustaba la poesía refinada, de que se jactaba de

"vitalista". Una novela que acababa de publicarse en La Habana donde se describía vulgarmente un coito vulgar, la consideraba magnífica.

Como algunas de las conversaciones de los dos escritores versaron sobre lo popular y lo aristocrático, lo universal y lo internacional, Vossler, le plagió, según Juan Ramón, las ideas que él le había expuesto, en una conferencia que dio en La Habana y publicó poco después la revista *Lyceum*. No: no podían entenderse, ni aun limitándose a hablar de literatura. Y un día tuvieron que hablar de política. "La víspera de su primera conferencia —escribe Juan Ramón— le dije, terminando de almorzar, que como al acto se le daba carácter oficial y había de ser inaugurado por el ministro de Alemania, yo español, no podía estar presente, porque destruyó, entre otras, a Guernica." Viene a continuación una frase incompleta por la que no puede saberse cómo pensaba Juan Ramón terminar este escrito.

Encontrándome un día en Roma, en casa de mi amigo el poeta Enrique Rivas, hijo de Cipriano Rivas Cherif y sobrino de Manuel Azaña, nuestra conversación recayó sobre los años que él había pasado en Río Piedras, en cuya universidad enseñaban entonces Juan Ramón y su padre, y sucedió que, sin que yo me hubiese referido al caso, mi amigo Enrique me contó el final de la historia incompleta que yo había descifrado pocos meses antes:

Cuando Vossler le bromeó a Juan Ramón diciéndole que lo que le pasaba era que le tenía odio a las solemnidades oficiales —ahí se interrumpe la frase incompleta a que me he referido— y que él, como intelectual que era, se encontraba por encima de aquellos bombardeos, el poeta le contestó secamente: "¡Pues yo estoy por debajo!" Dicho lo cual le volvió desdeñosamente la espalda.